

DEL RIFLE AL BUROCRATA:
UN ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS PAUTAS
DE MOVILIZACION CAMPESINA EN DOS
ESTADOS CENTRICOS DE MEXICO:
MORELOS Y TLAXCALA (1880-1940)

por

RAYMOND BUVE

Primero cabe explicar lo que entendemos en esta ponencia por movilización campesina. Entendemos por ella la organización y el manejo de los recursos disponibles o adquiridos para realizar los objetivos de los campesinos. Empleamos el término recurso en un sentido amplio, incluyendo el liderazgo y otros recursos humanos disponibles, la tradición de protesta común desarrollada a lo largo de la historia de la sociedad rural, y los recursos materiales¹.

El desarrollo histórico de la movilización campesina en México entre 1880 y 1940 fue afectado profundamente por dos procesos de cambio entrelazados. Primero, el proceso de modernización política, es decir, la centralización del poder a largo plazo por medio de la construcción de un estado nacional fuerte. Segundo, la expansión del mercado nacional e internacional, y la correspondiente penetración progresiva de la producción agrícola capitalista en el agro mexicano.

Los estudios históricos más recientes tienden a revisar de manera substancial el ideario monolítico acerca del papel dirigente del es-

1. Henry Landsberger, «Role of Peasant Movements and Revolts in Development» en H.A. Landsberger (ed.), *Latin American Peasant Movements*, Cornell U.P., Ithaca: 1-61; Robert A. White S.J., «The Zapata Movement and the Mexican Revolution» en H.A. Landsberger cit. pp. 101-170; John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. The Social Bases of Agrarian Violence*. Princeton U.P., Princeton, 1986: 24-32.

tado, las élites opresores y los campesinos oprimidos. Ahora nos damos cuenta de las trayectorias bien disímiles de estos dos procesos a nivel regional. Algunas regiones de México se volvieron en focos de la economía del mercado nacional o internacional, pero otras zonas quedaban al margen hasta bien entrado el siglo XX. El estado nacional estaba aún muy lejos de ser un «Leviatan en el Zócalo» (Meyer, 1973). Las élites regionales no estaban todas, ni igualmente cometidas al despojo de los recursos campesinos. En muchas regiones de México lograban responder lo suficiente a las normas de la economía moral local para mantener su legitimidad a los ojos de los campesinos. Por fin hay que señalar el desarrollo de grupos intermedios en la economía rural, los rancheros o «peasant-bourgeoisie» (Schryer, 1979), grupos que, por motivos propios y nocampesinos, iban a jugar un papel importante en las movilizaciones campesinas o en contra de ellas. No obstante esta diferenciación, podemos señalar algunas características más generales. Los campesinos afectados por estos procesos no pasaban fácilmente los límites de la acción pacífica. Como observa Reina, sólo después de convencerse «de que por esa vía no obtenían justicia alguna y la opresión en cambio aumentaba al manifestar inconformidad judicial por el despojo de tierras de que eran víctimas, su reacción resultaba de las más violentas» (1980). En segundo lugar los campesinos se movilizaban no sólo por causa de amenazas concretas y graves para la seguridad de su subsistencia, pero también por el motivo de mejorar sus bases económicas y por ser instrumento y juguete en las luchas por el poder a diferentes niveles. En tercer lugar cabe señalar que a lo largo de este período, las movilizaciones campesinas, tanto las pacíficas como las violentas, se volvían más políticas. Surgía una mayor conciencia de solución política: remediar los agravios por medio de un cambio profundo en el orden y la estructura social existente. Esta politización la observamos sobre todo en aquellas regiones de México, donde los procesos antes mencionados tenían un impacto profundo sin acabar con las bases territoriales y sociales del campesinado.

Con la Revolución Mexicana de 1910 un sinnúmero de movilizaciones campesinas hizo explosión y esto por motivos eminentemente locales. A lo largo de los años explosivos observamos entre las movilizaciones campesinas diferentes niveles de politización y una influencia progresiva de cuadros dirigentes nocampesinos y a menudo urbanos. A lo largo de este proceso surgen también pautas 'moder-

nas', es decir, basadas en los principios de la organización de masas y el control burocrático. El manejo de estas pautas por los arquitectos del nuevo y fuerte estado mexicano, Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, desemboca por fin en un campesinado politizado pero también subyugado a normas estrictas y burocráticas en cuanto a su movilización política².

En esta ponencia intentamos hacer un estudio comparativo del fenómeno de movilización campesina en dos pequeños estados céntricos de la República Mexicana, ambos situados a menos de cien kilómetros de la capital de la Nación: Morelos y Tlaxcala. A lo largo del régimen del presidente Porfirio Díaz (1876-1911), el Porfiriato, estos dos estados se transformaron en verdaderos focos de desarrollo económico capitalista. Womack (1969), Warman (1976) y Nutini (1980) coinciden en sus observaciones: la verdadera transformación capitalista de la sociedad rural se produjo en estos dos estados antes de la Revolución Mexicana y no después. El profundo desquiciamiento de las bases de la sociedad pueblerina, es decir, su economía campesina y su autonomía local, hizo explosión con la Revolución Mexicana de 1910. No obstante las idénticas características que presenta el desarrollo local de ambos estados, su cercanía a la capital de la Nación como centro del poder central y su situación geográfica casi limítrofe, observamos que los procesos de movilización campesina en Morelos y Tlaxcala muestran trayectorias bien diferentes entre 1910 y 1920. También observamos que, al contrario de otras muchas regiones de México, los campesinos altamente movilizados de estos dos estados fueron pacificados y controlados mucho antes de la consolidación definitiva, del régimen revolucionario y el nuevo estado nacional. Por lo menos diez años antes de la imposición efectiva del *Partido Nacional Revolucionario* y la organización del campesinado a nivel nacional por el presidente Cárdenas (1934-1940), la movilización campesina en Morelos y Tlaxcala ya estaba reducida a pautas burocráticas y bien controladas por la burocracia estatal y por los partidos políticos gobiernistas³.

2. John Tutino, «Peasants and Politics in Nineteenth Century Mexico», *Latin American Research Review* 22.3 (1987): 237-240; id., 1986: 17-23; Leticia Reina, *Las Rebeliones Campesinas en México (1819-1906)*, Siglo Veintiuno, México, 1980: 30-35; Jean Meyer, *La Révolution Mexicaine*, Paris, 1973; Frans J. Schryer, «A rancho economy in Northwestern Hidalgo», *Hispanic American Historical Review*, 59.3 (1979): 418-443; Eric R. Wolf, «Caudillo Politics: a structural analysis», en *Comparative Studies in Society and History*, 9 (1966-67): 168-179.

¿A qué se deben estas diferencias en la trayectoria de la movilización campesina entre 1910 y 1920? ¿Cómo explicamos el carácter casi contradictorio de este proceso, es decir, por un lado una explosión fuerte y un alto y prolongado nivel de movilización y politización campesinas, y por otro lado, su pacificación rápida? ¿Hasta qué grado encontramos en la trayectoria de la movilización campesina en Morelos y Tlaxcala un modelo que sirvió de pauta para el posterior proceso de sujeción y encauzamiento de la movilización campesina a nivel nacional, es decir, con las palabras de Ugalde (1973), la transferencia del control sobre el campesinado la que pasa de la hacienda al PRI?

Con el Porfiriato, el período de poder del general Porfirio Díaz entre 1876 y 1911, se inició el primer período de consolidación política a nivel nacional desde la Independencia. Hay que subrayar que el desarrollo del estado nacional durante el régimen de Porfirio Díaz y su impacto en los niveles regionales y locales está aún en plena discusión. Sin embargo, convenimos en que no se trataba de ninguna manera de una dictadura militar, ni de un control burocrático eficientemente centralizado. La burocracia nacional, tanto en lo civil como en lo militar no era omnipresente, y era a menudo dependiente de fuertes intereses regionales. Desde la perspectiva campesina, el *locus* del poder y de la autoridad era el hacendado o el cacique local con sus mecanismos de control esencialmente tradicionales y basados en una combinación de coerción y legitimidad. La movilización campesina, tanto la pacífica como la violenta, se basa sobre todo en lazos personales horizontales y verticales. Los primeros basados en la familia, el barrio, el pueblo y el circuito de los *tianquis*. Los mercados

3. John Womack jr., *Zapata and the Mexican Revolution*. Knopf. N.Y., 1969; Arturo Warman, ... *Y venimos a contradecir. Los Campesinos de Morelos y el Estado nacional*. Ediciones de la Casa Chata 2. México 1969; Raymond Buve, «State Governors and Peasant mobilisation in Tlaxcala» en D.A. Brading (ed.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*. Cambridge U.P., Cambridge 1980: 222-245; íd., «Jefes menores de la Revolución Mexicana y los primeros avances en la consolidación del Estado Nacional. El caso de Tlaxcala (1910-1920)» en Antonio Annino et al., *América latina dallo Stato Coloniale allo Stato Nazione*. Franco Angeli. Milano, 1987:646-677; íd., «Neither Carranza nor Zapata. The Rise and Fall of a Peasant Movement that tries to challenge both: Tlaxcala, 1910-1919» en F. Katz (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*, Princeton U.P., Princeton, 1988; Bellingeri, «Los Campesinos de Morelos y el Proyecto Cardenista: Alianza, Subordinación y Ruptura (1935-1943)» en Antonio Annino et al. cit. pp. 678-669; Hugo G. Nutini and Betty Bell, *Ritual Kinship. The Structure and Historical Development of the Compadrazgo System in Rural Tlaxcala*, Princeton U.P., Princeton, 1980: 358-362.

pueblerinos, los segundos en fuertes relaciones de patronaje con rancheros, comerciantes o hacendados. El Estado Porfiriano se enfrenta con las movilizaciones campesinas pero, a menudo, de manera prudente y evitando en lo posible la violencia masiva. A fines del Porfiriato México aún estaba, en mi opinión, muy lejos de la calificación que se hizo recientemente en un vídeo documental estrenado con ocasión del septuagésimo quinto aniversario de la Revolución Mexicana de 1910. El comentarista habló del México porfirista como de «un gran campo de concentración»⁴.

CAMPESINADO Y REVOLUCIÓN

En Morelos los avances tecnológicos en la producción y la creciente demanda indujeron a la élite morelense de azucareros a reclamar, sobre todo en el centro y el este del estado, cada vez más la tierra, el agua y la mano de obra, es decir, los recursos de los pueblos y barrios, de los ranchos y rancherías. Desde 1880 se manifestaba lo que Womack llama «la nueva opresión» (1969:42): una enajenación más sistemática y más generalizada de los recursos campesinos y de una manera más brutal y menos velada que antes. En 1910 casi todos los cien pueblos de Morelos sostuvieron litigios con haciendas colindantes, mientras el comercio y la artesanía en pequeño de las cabeceras municipales estaban en declive por la disminución y la progresiva miseria de sus habitantes. En 1909 y 1910 la legitimidad del poder gubernamental, ya en declive, se debilitaba aún más cuando el presidente Díaz designó como gobernador a Pablo Escandón. Escandón, servidor directo y abierto de los intereses azucareros, daba rienda suelta a sus jefes políticos para establecer como déspotas locales y acabar por completo con la autonomía municipal. Esta amenaza de carácter aguda y colectiva preparó el terreno para rebeliones locales autónomas. Uno de los focos fue el municipio de Ayala donde surgió en 1910 un movimiento local de defensa encabezado por Emiliano Zapata. Warman identifica en sus estudios al estado como el creador de la clase de hacendados despojadores. No es cierto que se pueda

4. Richard Sinkin. *The Mexican Reform. A Study in Liberal Nation Building*, Texas U.P., Austin 1979: Serie *Testimonios*. Parte 1ª, «Por Orden y Progreso». Emevisión. México, 1985; Antonio Ugalde, «Contemporary Mexico: From hacienda to PRI. Political leadership in a Zapotec village» en Robert Kern (ed.), *The Caciques*. University of New Mexico Press. Albuquerque, 1973.

aplicar tal teoría a México como Nación, ni a muchas de sus regiones. Pero en cuanto a Morelos durante el Porfiriato sus observaciones parecen verídicas⁵.

En Tlaxcala, región densamente poblada, se desarrollaba ya en el siglo XVIII un trenzamiento progresivo entre pueblos, haciendas y la ciudad. Los pueblos y barrios del centro de Tlaxcala y de la cuenca del río Atoyac cerca de la ciudad de Puebla dependían no sólo de la agricultura de subsistencia y del trabajo agrícola de trabajadores semaneros o eventuales en las haciendas, sino también de la artesanía casera o producida en talleres de casas comerciales, el comercio en pequeño y la arriería. Con la construcción de los ferrocarriles y la expansión del mercado doméstico, el estado de Tlaxcala, situado en el eje México-Vera Cruz, surgió como un foco de agricultura comercial (pulque, trigo), de explotación maderera e industria textil. También surgió una clase de rancheros basada en la producción para el mercado local y geográficamente situada alrededor de los pueblos. Su fuerte desarrollo durante el Porfiriato se debe probablemente a varios fenómenos poco estudiados como una mayor consolidación de la élite pueblerino, la desamortización de los terrenos comunales y el fraccionamiento de haciendas.

Según Nutini (1980) y Buve (1983 y 1987), los pueblos tlaxcaltecas, al igual que en Morelos, tuvieron que enfrentarse entre 1880 y 1910 con una redefinición de sus condiciones materiales y de la autonomía y seguridad de su subsistencia. Con el crecimiento demográfico de los pueblos tlaxcaltecas, el desarrollo de la clase ranchera y el acaparamiento de tierras y aguas por las haciendas trigueras se escaseaban los recursos naturales. Servicios y artesanías tradicionales sufrieron por causa de la industrialización y de los transportes modernos; el trabajo asalariado en la industria y agricultura comercial iba a sustituir en parte a las relaciones tradicionales entre patrón y trabajadores. No es cierto que estos cambios resultaran siempre y para todos en mayor pobreza, pero sí hicieron a los pueblos tlaxcaltecas más dependientes del trabajo ajeno y de la urbe, y más restringidos en cuanto a las alternativas para hacerse la vida diaria. Los pueblerinos tlaxcaltecas desarrollaban a lo largo de estos años una

5. Womack, 1969: 40-66; Warman, 1976: 74-76; Domenico Síndico, «Azúcar y Burguesía. Morelos en el Siglo XIX» en *El siglo XIX en México*. Claves Latinoamericanas. México, 1985: 11-54.

tradición de protesta y defensa de sus intereses que reflejaba fielmente esta redefinición forzada de sus bases en el 'mestizaje' de tradiciones pueblerinas con el emergente movimiento obrero urbano. En este sentido los pueblerinos tlaxcaltecas estaban probablemente más integrados al mundo urbano que los morelenses. Sobre todo desde la crisis económica de 1906, la protesta laboral industrial confluye con la protesta pueblerina y la de los pequeños rancheros independientes en contra de las vejaciones económicas y fiscales y en defensa de su autonomía municipal. Mientras que los grandes hacendados comerciales del norte de Tlaxcala con sus peones mayormente acasillados lograban mantener la paz y el orden porfirista, los pueblos del centro y del sur del estado con su red de relaciones urbanas se convirtieron en los focos de rebelión en 1910⁶.

El año de 1910 no fue el inicio de las rebeliones anti-porfiristas, sino más bien su multiplicación en una ola de rebeliones locales que respondieron a la llamada a la Revolución hecha por Francisco I. Madero. Con este proceso revolucionario se inició el derrumbe del régimen porfirista. En mayo de 1911 cayó Díaz, pero durante el gobierno interino de León de la Barra y la presidencia de Francisco I. Madero entre 1911 y 1913 la influencia porfirista seguía firme y a menudo decisiva, tanto en lo político como en lo militar. Además, para decirlo así, la planta baja del edificio porfirista, el poder legislativo y ejecutivo a nivel regional y local, quedaba en pie en muchos estados de México. El gobierno del presidente Madero mostraba a lo largo de 1911 y 1912 su creciente debilidad frente a los brotes rebeldes, tanto de porfiristas como de anti-porfiristas. Con el golpe militar del general Huerta y el asesinato de Madero, la oposición porfirista pensaba reconsolidar su poder. En contra de Huerta surgió una ola de rebeliones locales. Los del Norte se unieron por fin en una alianza difícil, el movimiento Constitucionalista, encabezado por Venustiano Carranza. A lo largo de 1913 y la primera mitad de 1914 los ejércitos revolucionarios de Pancho Villa, Alvaro Obregón y otros generales de Carranza derrotaron a Huerta.

Durante estos cuatro años el proceso de derrumbe del poder porfirista en los estados y municipios mostraba niveles bien diferentes. En tales situaciones, el carácter disímil de los conflictos locales así como su intensidad y los recursos a disposición de los conten-

6. Buve en Antonio Annini et al., 1987: 655-657. Buve en Katz, 1988.

dientes dieron lugar a pautas de movilización distintas en cuanto a los participantes, el liderazgo, los objetivos, la organización y el manejo de los recursos: «un mosaico de levantamientos locales, disímiles en sus raíces y objetivos» (Falcón, 1984:12) y, como observa Knight (1986.1: 188) en sus pautas de movilización. Al lado del movimiento agrario, como el de Zapata, y el movimiento serrano, como los de los caciques de la Huasteca, todos pautas de tipo personalista, localista y tradicionalmente carismático surgieron «modern associational power structures, no les authoritarian, and all the more powerful for their permanent, ultimately bureaucratic character, and their dependent, mass following» (Knight, 1980: 58). Francisco Múgica (Michoacan), Adalberto Tejada (Vera Cruz) y Emilio Portes Gil (Tamaulipas) ya no dependían tanto de su capacidad militar y su carisma personal sino de su capacidad para crear una burocracia estatal moderna (estado y partido) destinada al control político, al patronaje y, en parte a satisfacer las necesidades de sus seguidores. La crisis prolongada del poder a nivel nacional y regional dio entre 1910 y 1930 tiempo y espacio al desarrollo competitivo de estas pautas modernas y tradicionales y sus mezclas o 'meéstizajes'⁷.

En Morelos y Tlaxcala encontramos movimientos claramente populares con objetivos reivindicatorios. Entre 1910 y 1914 ambos movimientos llegan al poder, aunque de manera muy distinta y en momentos diferentes. El movimiento tlaxcalteca, basado sobre todo en los pueblos estrechamente ligados con la urbe, llegó al poder en 1911 por la vía electoral, la movilización de masas y el apoyo de un grupo fuerte de políticos reformistas de origen urbano y pequeño-burgués. Este éxito singular se debe, como veremos más adelante, a las divisiones internas de las élites regionales y las capacidades del liderazgo revolucionario para movilizar a las masas. En tales circunstancias el gobierno federal del presidente Madero no tuvo más remedio que aceptar el resultado electoral. Un año más tarde este gobierno popular del estado de Tlaxcala fue derrotado por una fuerte contramovilización de las élites regionales apoyadas por los intereses

7. Allan Knight, *The Mexican Revolutions: Porfirians, Liberals and Peasants*, Cambridge U.P., Cambridge 1986: 247-307; íd., «Peasant and Caudillo in the Mexican Revolution» en D.A. Brading cit. pp. 58; Romana Falcón, *Revolución y Caciquismo en San Luis Potosí (1910-1958)*, Colegio de México, 1984: 36-37, 45-50; Heather Fowler Salamini, «Revolutionary caudillos in the 1920's; Francisco Múgica and Adalberto Tejada» en D.A. Brading cit. pp. 169-192.

porfiristas en la ciudad de México y un débil gobierno federal maderista, aparentemente horrorizado por los movimientos populares que surgieron en Tlaxcala en defensa de 'su' gobierno local. Reprimidos y perseguidos los líderes optaron por la guerrilla, después del golpe militar de Huerta. Sin embargo, el movimiento guerrillero tlaxcalteca seguía pequeño, internamente dividido y sin recursos ni posibilidades para poder dominar a su estado. A mediados de 1914 no tuvo más remedio que incorporarse al movimiento Constitucionalista de Venustiano Carranza.

El proceso revolucionario en Morelos muestra características muy diferentes. En su origen fue un mosaico de rebeliones pueblerinas y su unificación alrededor del líder Emiliano Zapata fue un proceso largo. Después de la caída de Díaz el movimiento popular agrario de Zapata siguió al margen de la política. Esta marginalización se debe a dos factores principalmente. No obstante divisiones internas, las élites morelenses apoyadas por los altos escalafones civiles y militares de corte porfirista en México, lograron que el gobierno federal considerara al movimiento zapatista con una amenaza aguda que se debiera eliminar militarmente. En segundo lugar hay que mencionar el débil y tardío desarrollo de grupos civiles reformistas en la política morelense. Cuando surgieron en las elecciones de 1911, las élites lograron fácilmente neutralizarlos y a mediados de 1912 las opciones en Morelos ya estaban polarizados y reducidos: Irse a la bola con Zapata o subyugarse a los intereses de la plantocracia morelense. La represión militar y el fracaso total de los intentos reformistas indujeron a muchos pueblos a unirse con Zapata. Las acciones guerrilleras y las campañas militares arruinaron por completo la agricultura comercial y afectaron seriamente a las bases pueblerinas del movimiento. Sin embargo, con la caída del régimen y el ejército de Huerta a mediados de 1914, Morelos cayó en manos de Zapata y se fundó de hecho una república campesina basada en la liga armada de pueblos⁸.

¿Cómo explicar estas trayectorias distintas en la movilización campesina entre 1910 y 1914? Como los factores más importantes cabe mencionar de parte campesina los recursos humanos y materiales disponibles y adquiridos, su manejo y organización; de parte de

8. Buve en Antonio Annini et al. 1987: 658-662; Womack, 1969: 225.

las élites locales su nivel de control político y el grado de legitimidad de su autoridad.

En cuanto a los participantes en los movimientos campesinos rebeldes, hay que señalar que en Morelos y Tlaxcala siempre había un sector en los pueblos que se quedaba al margen del movimiento o estaba en contra: parte de las élites pueblerinas y de los rancheros, en parte subordinados a las élites regionales. En Morelos eran arrendatarios ganaderos o contratistas ligados a las haciendas, en Tlaxcala intermediarios y contratistas ligados a las haciendas, casas comerciales y acaparadores en el ramo textil u otra artesanía. En ambos estados, el grueso de la tropa y de los militares rebeldes se componía de los campesinos jóvenes de origen humilde con poco o nada de tierra o, sobre todo en Tlaxcala, artesanos, obreros y sirvientes más estrechamente ligados a la economía urbana⁹. En cuanto al liderazgo observamos que tanto en Morelos como en Tlaxcala su buen número de los líderes no eran peones ni milperos pequeños, sino procedían del campesinado mediano como el mismo Emiliano Zapata o del sector artesanal o de los servicios, incluso maestros u otros «low status intellectuals» (Cockcroft, 1986: 4). Sin embargo, una diferencia clave entre los movimientos de Tlaxcala y Morelos, y con consecuencias decisivas, encontramos en su enlace con las tradiciones de protesta obrera, la oposición reformista de origen pequeño-burgués urbano y, por fin, la incorporación del movimiento al régimen maderista y las experiencias correspondientes con el manejo del aparato estatal.

En Morelos el liderazgo del movimiento quedaba a lo largo de los años 1911-1914 en manos del líder campesino Zapata. Con el éxito del movimiento y su atracción ideológica se adhirieron intelectuales urbanos como los Palafox, Díaz Soto y Gama y los hermanos Magaña. Womack concluye que la influencia de estos intelectuales no fue decisiva para la formulación de los objetivos ni para la estrategia del movimiento. Los objetivos formulados en el Plan de Ayala (1911) mantenían a lo largo de los años su índole local agraria: restitución de tierras y autonomía para poder labrarlas. Los intelectuales solían servir al movimiento como secretarios y asesores, pero la estructura

9. Warman, 1976: 77-80, 125-127; Raymond Buve, «Agricultores, dominación política y estructura agraria en la Revolución Mexicana: El caso de Tlaxcala (1910-1918)» en R. Buve (ed.), *Haciendas in Central Mexico from late colonial times to the Revolution: Labour conditions, hacienda management and its relations to the State*, CE-
DLA, Amsterdam, 1984: 215-230.

de mando siguió las líneas básicas de una liga armada de municipios representados por jefes revolucionarios locales que reclutaban 'su gente' de entre los pueblos. Los pueblos fueron las bases económicas del movimiento. Las haciendas contribuyeron de manera forzosa, primero a través de robos o préstamos forzosos y, después de ser ocupadas por los rebeldes, a través de su producción. Estas bases agrícolas autónomas tenían como consecuencia logística la combinación de la agricultura con la lucha armada. Por consecuencia el reclutamiento y el número de la tropa variaba según la estación del ciclo agrícola. El movimiento zapatista como lo observa Warman, se caracteriza por fluidez en el reclutamiento y la permanencia de la tropa, la imposibilidad de mantener un ejército regular por falta de abastecimiento suficiente y por consecuencia, una considerable autonomía en el mando a nivel de las bandas constituyentes del movimiento¹⁰.

En Tlaxcala una parte del liderazgo del movimiento pueblerino tenía rasgos semiproletarios y urbanos, experimentaba las influencias tempranas de agitadores obreros de orientación socialista o anarquista y del ala radical del movimiento maderista en Puebla debajo Aquiles Serdán. Serdán, siguiendo la llamada a la Revolución hecha por Madero en 1910 intentaba organizar un movimiento regional basado en las frecuentes y muy intensas relaciones obrero-campesinales de la zona. El plan fracasó y Serdán murió en un combate con la policía. La guerrilla quedaba insignificante y sin liderazgo unificado. Sin embargo, después de la caída de Díaz, los maderistas radicales de Puebla y Tlaxcala lograron movilizar a los campesinos y obreros del centro y sur del estado en un *Partido Antireeleccionista* con una fuerte basis en casi todos los pueblos de la región. Lejos de las grandes haciendas pulqueras y trigueras del norte y con el apoyo de estos pueblos densamente poblados lograron ganar las elecciones para gobernador con un candidato obrero Antonio Hidalgo (1911). Este éxito insólito y la lucha política de este gobierno popular maderista por realizar reformas laborales, agrarias y fiscales, transformó profundamente a los cuadros dirigentes del movimiento tlaxcalteca. Más que nunca políticos y líderes de origen obrero o pequeño-burgués ofrecieron su apoyo y lograron una fuerte influencia en la formulación de

10. Womack, 1969: 225, 236-237; Warman, 1976: 127-136, comparar con Falcón, 1984: 50-51.

los objetivos y la política del gobierno popular maderista. En aquel ambiente el obrero Máximo Rojas y los dirigentes urbanos maderistas Rafael Apango e Ignacio Mendoza iniciaron sus carreras con la ocupación de curules y puestos de gobierno a nivel municipal y estatal. El nuevo liderazgo manejaba hábilmente, a lo largo de 1912, la movilización de masas a favor del gobierno popular y apoyó desde el mismo gobierno del estado huelgas de obreros y campesinos. En otras palabras se manejaba el aparato del estado como un recurso político, un hecho que distingue el movimiento tlaxcalteca del movimiento zapatista.

Por otro lado hay que señalar que ineptitud y rencillas personales entre los líderes, así como una efectiva resistencia por parte de las élites regionales, los comerciantes, industriales y hacendados, debilitaron seriamente al gobierno popular. Ya en 1912 varios comités y grupos campesinos se sentían enajenados del movimiento, se mostraban inconformes, llegando incluso, como Domingo Arenas, a la rebelión¹¹.

No obstante sus divisiones internas, frente a la amenaza popular, las élites regionales en Morelos y Tlaxcala llegaban a una fuerte contramovilización. En Morelos la contramovilización elitista logró evitar de antemano cualquier incorporación del movimiento campesino en la política de Morelos. En Tlaxcala las facciones de la élite sólo se unieron después de la victoria electoral de un movimiento maderista popular con objetivos claramente reivindicatorios. En unas campañas políticas dedicadas a convencer al gobierno federal maderista, a los intereses porfiristas en México y aparte de los reformistas pequeño-burgueses de Tlaxcala, lograban aislar al gobierno popular, desacreditarlo, también a los ojos de grupos campesinos y obreros ya enajenados y, por fin, derrotarlo a comienzos de 1913 con el apoyo federal. La subsecuente represión se realizaba, no sólo a nivel estatal y municipal, pero también en los pueblos y barrios donde los 'riquitos' y representantes locales de las élites se vengaron. El resultado fue una polarización aguda en Tlaxcala, y el movimiento revolucionario, políticamente decapitado, regresó con ánimos de venganza a sus insignificantes orígenes guerrilleros de 1910. Por ser un movimiento

11. Buve en Antonio Annini et al., 1987: 658-662; íd., «El movimiento revolucionario de Tlaxcala (1910-1914). Sus orígenes y desarrollo antes de la gran crisis del año 1914 (La rebelión arenista)» en *Anuario de Humanidades VII* (1981-1983): 172-177.

tardío, sobre todo comparado con el movimiento zapatista o los movimientos serranos en Puebla, y por ser un movimiento que aspiraba al control de un estado muy estratégico, situado en el eje de comunicaciones entre la capital de la Nación y Vera Cruz, el movimiento guerrillero de Tlaxcala jamás pudo realizar sus aspiraciones. Nunca supo dominar al territorio tlaxcalteca y desalojar de manera permanente al poder militar huertista. Dependió del apoyo logístico de movimientos vecinos, pero no pudo evitar conflictos limítrofes o de mando con ellos. Sufrió una crisis crónica en cuanto a la dirección del movimiento y fue objeto de continuas intervenciones por parte de jefes revolucionarios serranos del Norte de Puebla, los revolucionarios en la ciudad de Puebla y de los zapatistas. En 1910 y 1911 el movimiento de Zapata había sufrido estos mismos problemas, pero a la hora del derrumbe del poder central en 1914, Morelos cayó en manos de un movimiento ya fuerte y unido, mientras que en Tlaxcala los cabecillas revolucionarios con sus escasos recursos pueblerinos y su deficiente control sobre la zona no tenían más remedio que replegarse y buscar acomodo a mediados de 1914 con el vencedor movimiento Constitucionalista de Venustiano Carranza¹².

REVOLUCIÓN Y CAMPESINADO

El período entre 1914 y 1940 corresponde al largo y difícil proceso de consolidación del nuevo régimen. Durante muchos años, grupos de intereses y clasistas y verticales, regionales, nacionales e internacionales produjeron en su conjunto un equilibrio inestable entre las fuerzas antagónicas. Con los presidentes Venustiano Carranza (1917-1920) y Alvaro Obregón (1920-1924) el aún débil poder central necesitaba a los jefes revolucionarios y caciques regionales emanados del caótico período revolucionario para dar «alguna estructura a la vida política nacional» (Falcón, 1984: 15). Generales prácticamente feudatarios de las divisiones del ejército revolucionario y otros jefes revolucionarios con bases populares virtualmente autónomas pudieron establecerse como caciques regionales, ofreciendo su mediación entre el poder central y las localidades, y su colaboración con el gobierno en mantener el orden. Algunos caciques duraron poco

12. Buve, 1984: 222-226.

tiempo, otros hasta finales de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), pero *la belle époque* del caciquismo revolucionario duraba desde la presidencia de Carranza hasta fines de la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928). Sin embargo, a lo largo de los años 1920-1934 Obregón, Calles y Cárdenas fueron los arquitectos del estado nacional contemporáneo de México. La subyugación y profesionalización del ejército revolucionario y la imposición del Partido Único, el *Partido Nacional Revolucionario* (1929) eliminaron el gompismo militar e institucionalizaron la sucesión presidencial de manera burocrática centralizada. Calles y Cárdenas lograron transferir el control sobre los recursos políticos locales desde los caciques y generales revolucionarios hacia personas e instituciones incondicionales del Estado nacional. La movilización y la organización de las masas populares —una movilización y organización controladas desde arriba y realizadas por Cárdenas entre 1934 y 1940— completaron la consolidación del régimen presidencial y del dominio de un Estado nacional.

Una de las metas principales de esta política de consolidación del poder central era arrebatarse el control sobre el uso del campesinado como recurso político a sus propios líderes o los caciques revolucionarios. El gran efecto demostrativo del movimiento zapatista ya indujo a Carranza, empujado por Obregón, a promulgar un decreto limitado de reforma agraria en 1915. Este reparto era muy distinto del reparto zapatista. En vez de un reparto directo, autónomo y realizado por los campesinos mismos, se trataba de un trámite burocrático a solicitud de los pueblos y controlado enteramente por el Estado. El trámite de cada solicitud pasaba por una burocracia agraria a nivel de los estados, la *Comisión Local Agraria*, y a nivel central, la *Comisión Nacional Agraria*. La resolución definitiva estaba en manos del presidente de la República. Carranza, esencialmente conservador, se resistió a implementar el reparto a gran escala, pero con Obregón y Calles observamos el carácter eminentemente político de la reforma agraria. Su ritmo y su enfoque geográfico obedecían principalmente a dos metas: primero vincular a pueblos campesinos anteriormente rebeldes al gobierno por medio de una distribución de tierras y, segundo, arrebatarse el control sobre el rifle y el voto campesino a los caciques revolucionarios a nivel regional. Con Calles y Cárdenas el Estado nacional logró monopolizar, para decirlo así, el uso del rifle, mientras que el control sobre el voto campesino iba progresivamente

en manos de las nuevas organizaciones burocráticas encabezados por funcionarios y políticos civiles y urbanos. Cárdenas completó este proceso con la incorporación del campesinado en la *Confederación Nacional Campesina*, el sector campesino del *Partido de la Revolución Mexicana*, antes PNR, y con la distribución de tierras a nivel nacional y entre todas las categorías de campesinos. En 1940 los cauces y límites de la movilización campesina estaban definidos desde arriba, canalizados en gran parte por vía burocrática y el uso del rifle era no sólo ilegal, pero casi ilegítimo. Como veremos en adelante, la solución del problema de la pacificación campesina y del uso del campesinado como recurso político seguía, entre 1914 y 1940, trayectorias diferentes en Morelos y Tlaxcala, pero llegaba al mismo resultado: Pacificación y traslado del control político hacia el poder central mucho antes de la presidencia de Cárdenas¹³.

Volvemos ahora a Morelos. Mientras que las batallas decisivas entre Carranza y Villa se dieron lejos de Morelos, el movimiento zapatista podía efectuar durante todo el año de 1915 la realización de los principios del Plan de Ayala. Es decir, la restauración de la autoridad de los pueblos para reclamar sus tierras legítimas y autogobernarse. Los pueblos procedieron a elegir sus autoridades municipales y juzgados, y realizaron el reparto de tierras de manera directa e inmediata. Por iniciativa campesina, esencialmente a base de los pueblos, se llegaba a la reconstrucción de la economía rural, ahora primordialmente de subsistencia, pero también a la producción de excedentes para la compra de utensilios de guerra u otros productos necesarios. Tanto en lo político como en lo económico, la movilización campesina de recursos fue un fenómeno independiente de la burocracia estatal. La base del poder fue la asociación libre de pueblos y los jefes regionales del movimiento tenían un papel mediador y coordinador. Frente a los grandes ejércitos vencedores de Carranza el movimiento zapatista con su limitada capacidad de movilización militar y radio de acción tuvo que volver a la guerrilla en 1916. Como observa Warman, por una campaña incendiaria federal, la re-

13. Buve, 1984: 649-651; Antonio Ugalde en R. Kern (ed.), 1973: 119-135; Falcón, 1984: 13-18; Raymond Buve, «Consolidating a cacicazgo: The Tlaxcala Revolutionary Ruling Group and the Issue of Peasant mobilization under the Sonorenses», paper submitted for publication; Hans Werner Tobler, *Die Mexikanische Revolution*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1984: Kap.5.

concentración de la población y las epidemias, la mitad de la población de Morelos desapareció por muerte o emigración¹⁴.

Por medio de sus secretarios Zapata negociaba con el gobierno de Carranza pidiendo autonomía y control de Morelos a cambio de reconocer al gobierno federal. Carranza no estaba dispuesto a concederlo y mientras las negociaciones se alargaron, Zapata fue asesinado. Con la muerte de Zapata observamos un cambio importante en el liderazgo zapatista. El papel de los secretarios, intelectuales urbanos, va a ser mayor y Gilgardo Magaña, un joven bien educado en *business administration* y con dotes de negociador y mediador iba tomando las riendas, mientras que los jefes se quedaban en los pueblos. A través de las negociaciones Magaña, Soto y Gama y otros intelectuales urbanos en el movimiento zapatista conocieron perfectamente la política capitalina y, en particular, la escisión entre Carranza y Obregón acerca de la sucesión presidencial en 1920. Los zapatistas optaron por Obregón y después de la caída de Carranza en 1920 fueron rápidamente incorporados en la vida política a todos los niveles. El ejército zapatista se integró al ejército federal como División del Sur. Magaña y Soto y Gama organizaron el ímpetu agrarista, el deseo de los campesinos de conseguir tierras o quedarse con haciendas ya invadidas y repartidas, en el *Partido Nacional Agrarista*. De esta manera los líderes del agrarismo morelense y de otros estados céntricos de México intentaban entrar en una alianza con el gobierno de Obregón a cambio de control sobre la distribución de tierras. A lo largo de los años veinte y treinta esta alianza iba a volverse en subordinación, pero este proceso siguió trayectorias diferentes en los diversos estados de la República.

Entre 1920 y 1925 el movimiento Agrarista morelense tenía una posición muy fuerte. La alianza con el gobierno de Obregón y el por ahora importante papel de líderes agraristas, en mayoría zapatistas, dentro del régimen le garantizaba a los intereses agraristas morelenses un acceso directo y privilegiado a la burocracia nacional agraria. Por cierto, el control zapatista del campo morelense fue casi total, como en 1915, pero con una diferencia muy importante: En 1915 se trataba de lo que Womack (1969: 225) llama una democracia local con iniciativa autónoma para reincorporar las tierras a la comunidad pueblerina. En 1920 la alianza con el gobierno federal implicaba re-

14. Womack, 1969: 155-156, Ch. VIII; Warman, 1976: 141-142.

conocer la legislación nacional agraria, la cual desconocía el anterior reparto autónomo de tierras e intentaba monopolizar el control sobre el reparto en manos del estado nacional. Por ahora, el presidente Obregón dejó que la ejecución del reparto en Morelos fuese en manos de los zapatistas y no obstante la política agraria más restrictiva de Calles, en 1929 los campesinos de Morelos tenían, como observa Warman, «las tres cuartas partes de la tierra labrantía» (1976: 174). Además, el ejidatario morelense no fue seriamente acosado por intereses políticos enemigos: El clero de Morelos reconoció lo evidente del reparto, «el poder de los grupos ligados a la hacienda había sido derrocado para siempre» (Bellingeri, 1987: 681) y el gobierno del estado era débil a causa de faccionalismos y pugnas enconadas por el poder. A diferencia del caso de Tlaxcala, como veremos más adelante, faltaba en Morelos un polo de poder competitivo y lo suficientemente fuerte para desafiar o peligrar al movimiento agrarista. Mientras que la política no les amenaza en sus intereses, los ejidatarios morelenses no iban a involucrarse mucho en la política.

Con Calles, entre 1924 y 1934, la política nacional de orden y reconstrucción exigió callar a las demandas campesinas que amenazaban a los empresarios agrícolas y restringir severamente al reparto de tierras. El jefe agrarista que aún en tiempos de Obregón solía dominar con su milicia campesina a regiones importantes de México imponiendo sus exigencias a los propietarios o negociando directamente con ellos, desapareció. En su lugar surgieron ahora los caciques ejidales. A medida que la tierra escaseaba en los pueblos de una creciente población campesina y mientras que la resolución de las solicitudes de tierras por parte de los pueblos se alargaban, los campesinos necesitaban intermediarios. La tramitación de solicitudes, el reparto de las tierras dotadas en parcelas individuales y la administración de estos ejidos fomentaba la lucha facciosa a nivel pueblerino e interpueblerino. Los contendientes campesinos buscaban palancas y amigos. Los comisariados ejidales se volvieron en bases integrantes de las redes clientelistas de presidentes municipales, diputados, senadores y, por fin, los gobernadores de estados. A cambio de su posición de hecho privilegiada en el reparto de parcelas y la administración de los ejidos, los comisariados ejidales aseguraron al gobierno el orden y la lealtad.

En el caso de Morelos la restricción del reparto ya no pudo afectar en mucho a los campesinos por el grado avanzado de la dis-

tribución ejidal. Más importante parece, sin embargo el cambio político. Calles logró alejar de Morelos a los importantes generales y políticos de origen zapatista, neutralizar a los combativos restantes y establecer un pacto con los caciques locales surgidos con la distribución y administración de tierras y las necesidades crediticias de los ejidatarios. Con la imposición del PNR como partido único, los caciques ejidales más hábiles se incrustaron como los bases rurales del partido. A los campesinos de Morelos, como observa Warman, «no les gustaban los nuevos caciques, pero por fin eran los suyos» (1976: 175). La debilidad del gobierno estatal y el control sobre el caciquismo ejidal a nivel de los pueblos garantizaba a los gobiernos federales el apoyo y el voto campesino en Morelos, no obstante una creciente irritación campesina debida a la posición fuerte de los acaparadores de los productos comerciales y la cada vez menos complaciente voluntad de las instituciones oficiales para ayudar a los ejidatarios o campesinos solicitantes de tierras¹⁵.

La movilización campesina en Tlaxcala es de las primeras en perder su capacidad autónoma para realizar sus objetivos. Recordamos que ya en tiempos del gobierno popular maderista (1911-1913) sectores del campesinado, empeñándose en obtener tierra inmediata y de manera directa, se sentían enajenados de sus directivos incapaces de realizar los anhelos campesinos. Con la represión huertista y la incorporación forzosa al movimiento vencedor Constitucionalista las inquietudes se agudizaron. Como consecuencia, en la lucha por el poder entre Carranza, Villa y Zapata, la mayoría de las tropas tlaxcaltecas bajo el mando de Domingo Arenas se declararon por Zapata (1914). Quedaron con Carranza el gobernador y comandante militar nombrado por Carranza, Máximo Rojas, sus íntimos y gran parte de los cuadros dirigentes del anterior partido y gobierno popular maderista. Esta escisión tuvo consecuencias profundas para el futuro de la movilización campesina, porque reflejaba no solamente ambiciones personales o ciertas diferencias en objetivos, pero también emergentes diferencias en pautas de movilización y de hacer política.

El movimiento arenista seguía buscando su autonomía con el fin de realizar sus objetivos de manera directa e inmediata. Como Zapata, y siguiendo pautas idénticas, los jefes arenistas restituyeron tierras

15. Womack, 1969: Ch. IX y X; Warman, 1976: 148-176; Bellingeri, 1987: 681-687.

a los pueblos y fundaron colonias agrícolas en las haciendas confiscadas. La organización arenista se basa en una jerarquía de jefes revolucionarios y clientes agraristas hasta las raíces campesinas. A cambio de tierra y garantías los jefes exigieron forrajes, animales, provisiones y servicios para sostener las tropas. Con el poderío zapatista en declive, Arenas optó por volver a las filas carrancistas (1916), pero con el fin de preservar su autonomía militar y su movimiento agrarista. Mientras que el grupo de Rojas lograba imponerse como gobierno del estado con el fuerte apoyo de Carranza, los arenistas persistían en su afán autonomista. En 1917 Carranza, ya presidente Constitucional de la República, decidió eliminarlos. Las tropas arenistas fueron trasladadas o despedidas, las rebeliones reprimidas y las haciendas devueltas a los hacendados¹⁶. En 1918 el grupo rojista controlaba el gobierno del Estado, pero no el campo. Al igual que en Morelos, la índole muy restringida del decreto agrario de Carranza y su mala voluntad en cuanto a la implementación del decreto ocasionaron en 1918-1920 al gobierno estatal y a las comandancias militares un problema sin resolver, la pacificación de un campesinado altamente movilizado en defensa de las tierras ya adquiridas durante la Revolución. En Tlaxcala había haciendas controladas por los hacendados, otras en manos de jefes revolucionarios o repartidas entre los campesinos. Había gobiernos municipales dominados por obreros, por agraristas o por intereses pequeño-burgueses o elitarios. En otras palabras: un terreno fértil para movilizaciones y gestaciones campesinas de diversa índole y ligadas a la lucha por el poder local.

En Tlaxcala el proceso de pacificación y el traslado del control político sobre el campesinado hacia el poder central sigue entre 1920 y 1933 una trayectoria bien diferente, aunque con un resultado final más bien idéntico. Esto se debe, en mi opinión, a tres factores principalmente. La ya señalada honda división interna del movimiento campesino tlaxcalteca en dos facciones tuvo como consecuencia que a la hora de 'la verdad' en 1920 la facción arenista se aliaba con Obregón y la rojista con Carranza. Dentro de la facción obregonista, la de Rojas, un grupo de políticos de origen urbano y pequeño-burgués logra imponerse y acaparar el gobierno del estado gracias a una política hábil de pactación con los soronenses. En tercer lugar hay

16. Buve en Antonio Annini et al., 1987: 662-667; Buve en Katz, 1988.

que mencionar que el grupo en el poder en Tlaxcala está entre los primeros en aplicar hasta las raíces de la hierba las pautas modernas de organización asociativa y control burocrático civil, siguiendo en parte las tradiciones del movimiento popular maderista tlaxcalteca de 1911. Partido oficial y gobierno del estado constituyeron durante más de diez años un polo fuerte de poder regional predominantemente civil y dependiente del gobierno federal. Por consecuencia, la facción arenista, de origen el mayor representante del agrarismo en Tlaxcala, no sólo iba a perder el control sobre el campo, sino también el acceso a la burocracia agraria y hasta su legitimidad por haberse ligado repetidamente con 'traidores de la Nación'.

Como clientes incondicionales de Obregón y Calles, los gobernadores Rafael Apango (1921-1925), Ignacio Mendoza (1925-1929) y Adrián Vázquez (1929-1933), procedentes de los cuadros dirigentes urbanos de la facción rojista, logran constituir un partido oficial disciplinado, un verdadero 'pulpo' hasta las raíces de la hierba: los pueblos y, más tarde, las haciendas. la base de su política campesina no fue una política agraria activa, sino más bien una mediación selectiva en el proceso burocrático de reforma agraria definida por Obregón y Calles. El hecho de que los gobernantes Apango, Mendoza y Vázquez entre 1920 y 1932 hayan entregado tierras a más de 21.000 jefes de familia campesina —un número no mucho menos que el de Morelos— no implica «que se les pueda catalogizar como agraristas feroces» (Ramírez Rancaño, 1986: 74).

En primer lugar hay que señalar que les tocaba por suerte la cosecha: La mitad de todas las solicitudes de tierras entregadas entre 1915 y 1932 ya estaba en trámite a nivel federal en 1920, pero estos pueblos tlaxcaltecas recibieron sus ejidos por resolución presidencial de los Sonorenses. El nuevo gobierno de Tlaxcala y su partido oficial se aprovechaban del reparto de tierras ordenado por los Sonorenses para clientizar políticamente a los ejidos así constituidos. Por otra parte logran conseguir el apoyo de una parte de las élites regionales con una política de orden y reconstrucción. Con, para decirlo así, una política callista 'avant la lettre' el grupo tlaxcalteca en el poder se ganó el apoyo de Don Plutarco. Durante la presidencia de este último se reprimieron los últimos brotes de 'agrarismo furibundo' o rebeldía campesina. Desde aquel momento los ejidatarios y los campesinos sin tierra no tenían más remedio que conformarse con la mediación selectiva y restrictiva del grupo dominante, su partido oficial

y su jefe Ignacio Mendoza. El carácter limitado de la política agraria del cacicazgo tlaxcalteca lo encontramos también en su política de sindicalización de peones acasillados. Sus objetivos fueron exclusivamente laborales: Salarios, despedido e indemnización¹⁷.

Con Calles, el gobierno federal intentaba arrebatar el control sobre los recursos políticos locales a los gobiernos estatales. El paulatino desarrollo del PNR desde un aglomerado de partidos regionales hasta un partido centralizado y la posterior campaña del presidente Cárdenas para la organización nacional del campesinado tenían para la movilización campesina tres consecuencias importantes: Se intensificó transitoriamente la movilización campesina. La pauta de la movilización mostraba un carácter progresivamente burocrático, igualado y generalizado. Tomaba la forma de movilización competitiva entre asociaciones o partidos siguiendo directivos políticos nacionales y la legislación nacional. Por fin hay que señalar la progresiva descampesinización del liderazgo. En mayor grado los líderes organizadores del campesinado fueron políticos que se aprovecharon de las campañas del PNR para monopolizar el control sobre el campesinado como recurso político, y eliminar la autonomía de los poderosos regionales.

Estos fenómenos no se reflejan de manera idéntica en Tlaxcala y Morelos. En el caso de Tlaxcala, donde existía un polo fuerte de poder regional, la intensificación transitoria de la movilización campesina estaba ligado, mucho más que en Morelos, a la lucha por el traslado del control político sobre el campesinado hacia el poder central. La relativa debilidad del polo de poder regional y el grado avanzado de la distribución de tierras en Morelos tuvieron como consecuencia que la movilización campesina fuese menos intensa que en estados colindantes. En Tlaxcala, sin embargo la lucha política y el reparto de tierras, estrechamente ligados, sacudieron en los treinta a la sociedad local. Además observamos en el caso de Tlaxcala un ejemplo interesante de competencia entre pautas modernas de movilización, y control del campesinado.

En el caso de Tlaxcala el PNR de Calles intentaba en 1932 desalojar a un cacicazgo civil y con organización burocrática. El partido oficial tlaxcalteca controlaba a los comisariados ejidales clientizados y los sindicatos de trabajadores agrícolas. Partido oficial y burocracia

17. Buve en Antonio Annini et al., 1987: 667-672; Buve «Cacicazgo» paper cit.; Ramírez Rancaño, 1986: 73-75.

del estado estaban entrelazados, para no decir integrados en un aparato de control y distribución de recursos y favores. Cuando el poder central decidió deshacer este cacicazgo, los motivos centrales de la lucha no fueron ni milicias, ni huestes campesinas, sino el control del aparato burocrático y del partido oficial tlaxcalteca sobre el campesinado. Con el apoyo federal el PNR deshizo al partido oficial y depuraba al aparato burocrático, los sindicatos y los comisariados ejidales. Durante esta lucha en las postrimerías del Maximato, encontramos entre las tácticas del PNR la organización y movilización agraria con el fin de conseguir el apoyo y voto campesino. La propaganda del PNR se enfocaba, aprovechándose además del nuevo código agraria, en las categorías de campesinos en gran parte desatendidos por el cacicazgo: los acasillados y solicitantes de tierras en los pueblos. La lucha por el poder en Tlaxcala (1932-1933), la campaña presidencial de Cárdenas (1933-1934) y su posterior política de organización campesina resultaron en el caso de Tlaxcala en una fuerte movilización campesina por organizaciones competitivas y un aumento considerable en las solicitudes de tierras. El foco de la lucha fueron las aún intactas haciendas pulqueras, cerealeras y ganaderas del norte de Tlaxcala.

El nuevo gobernador de Tlaxcala después de la caída del cacicazgo, el rancharo y ex-general arenista, Adolfo Bonilla (1933-1937) y su sucesor como gobernador, el ex-peón Isidro Candia (1937-1941) ilustraban a lo largo de estos años la subordinación de la movilización campesina al control nacional y la descampesinización de su liderazgo. Ambos gobernadores intentaron en vano hacerse con la organización campesina como recurso político autónomo, mientras que al mismo tiempo se establecieron como terratenientes comprando haciendas. Al tiempo que los campesinos tlaxcaltecas mostraban su odio al gobernador de origen campesino, el presidente Cárdenas logró imponer la CNC como organización única y vincular a los peones acasillados mediante el reparto masivo de tierras de las grandes haciendas pulqueras y trigueras del norte del estado¹⁸.

En Morelos, sin embargo, la intensa movilización campesina de

18. Raymond Buve, «Peasant mobilisation and Reform Intermediaries during the nineteen thirties: The development of a peasant clientele around the issues of land and labour in a central mexican highland municipio: Huamantla. Tlaxcala» *Jahrbuch für die Geschichte von Staat, Wirtschaft and Gesellschaft Lateinamerikas*, 17 (1980): 355-395; Buve «Cacicazgo» paper cit.

tipo agrarista durante la campaña presidencial y el sexenio del presidente Cárdenas (1933-1940) pasaba por encima de la mayoría de los campesinados, porque ya tenían sus ejidos. La gran mayoría del campesinado morelense no se movilizó para fines agrarios, pero sí apoyó políticamente al presidente. El proyecto cardenista se enfocaba más bien en fortalecer su entrada al mercado, entre otros por medio de una gran cooperativa azucarera. La falta de un polo de poder regional lo suficientemente fuerte para poder abrigar algunas esperanzas de autonomía frente al poder central y la imagen abrumadora de Cárdenas en Morelos como el presidente, más pro-campesino desde que murió Emiliano Zapata, hicieron que Morelos no sufrió las luchas y la violencia que acompañaba la imposición de la organización campesina única como lo sufrieron, por ejemplo, San Luis Potosí, Tlaxcala o Vera Cruz. El fenómeno de la descampesinización del liderazgo campesino en lo político y lo económico sí provoca resistencias en Morelos. El ya mencionado proyecto de cooperativa azucarera preveía originalmente un estricto control campesino. En pocos años, sin embargo, los campesinos iban a quedar al margen de la gerencia. Más aún, como en Tlaxcala, los cuadros dirigentes de la Liga de la CNC se reclutaron progresivamente entre burócratas y gente de carrera dentro del partido oficial, el PRM¹⁹.

CONCLUSIÓN

Las diferencias en las trayectorias regionales de la movilización campesina se deben a un conjunto de factores. Cabe señalar primero el desarrollo heterogéneo de la sociedad, de la economía y del papel del estado a nivel regional, así como la percepción local y *sui generis* de los agravios y cambios por parte del campesinado. Luego, la prolongada crisis política a nivel nacional daba rienda suelta a líderes de origen social muy distinto y con motivos diferentes. En Tlaxcala y Morelos encontramos el liderazgo campesino, el rancharo y el pequeño-burgués urbano, pero sus bases, sus pautas de movilización y su capacidad para imponerse parecen bien diferentes a corto plazo. Con la total desaparición del estado y el ejército porfirista a mediados de 1914 Tlaxcala y Morelos caen en manos de movimientos campesinos

19. Bellingeri, 1987: 681-687.

con un fuerte deseo de autonomía y reivindicación social. Pero con la ascendencia del nuevo régimen, se pierde la autonomía.

Dos diferencias importantes, y tal vez claves, entre los movimientos de Morelos y Tlaxcala parecen ser la posición de los hacendados y el papel del liderazgo urbano y pequeño-burgués de origen local. En Morelos los hacendados perdieron totalmente el control y el sector pequeño-burgués urbano queda al margen hasta la muerte de Zapata (1919), mientras que en Tlaxcala al mismo tiempo este sector desempeña un papel importante en el gobierno popular maderista y en la escisión del movimiento tlaxcalteca en dos facciones (1914). Con Carranza este sector va en ascendencia y llega al poder en 1920 pero tiene que contar con una clase de terratenientes mucho menos afectados: los del norte del Estado.

Con Obregón, Calles y Cárdenas el régimen revolucionario inicia la política de la distribución de tierras como medio de pacificación del campesinado revoltoso en ambos estados. Por consecuencia, la dotación y la administración de los ejidos se convierten en el foco de la lucha por el apoyo campesino, tanto a nivel nacional como a nivel regional. Son los elementos pequeño-burgués los que perciben y se aprovechan de las oportunidades y aparecen en primera línea. Dentro de cinco años (1920-1925) los campesinos anteriormente revoltosos se vieron clientizados a cambio de garantías para la tenencia de sus ejidos.

Las trayectorias del movimiento campesino siguen cauces diferentes en Tlaxcala y Morelos, en parte por las mismas razones que antes: Gracias a la debilidad de los hacendados y la discordia de los grupos locales pequeño-burgueses en Morelos no surge un polo fuerte de poder regional. El liderazgo zapatista, integrado al régimen nacional obregonista, logra por lo tanto y de manera directa amparar a los intereses campesinos y entregar la tierra. Calles logra pactarse directamente con los caciques ejidales, evitando así la evolución posterior de un cacicazgo regional agrarista. En Tlaxcala, sin embargo, el grupo local pequeño-burgués en ascendencia logra pactar con los Sonorenses para consolidar un polo de poder regional dependiente. Desde esta posición logra clientizar a los ejidatarios y desheredar políticamente, y hasta en cuanto a su legitimidad, al agrarismo opositor.

En 1932 la diferencia entre Morelos y Tlaxcala está en el avance del reparto de tierras y en el control local sobre los recursos políticos de los campesinos. En Tlaxcala falta por repartir un sector importan-

te del latifundio ganadero, cerealero y pulquero y el control sobre el campesinado está en manos del cacicazgo local. En Morelos, los campesinos ya tenían la gran mayoría de las tierras en posesión y sus caciques no estaban subordinados de tal grado a un polo de poder regional.

Los intentos de Calles y Cárdenas para transferir el control sobre los recursos políticos del campesinado hacia el poder central y la política agraria de Cárdenas implicaban para el caso de Tlaxcala la pérdida del control local sobre los recursos políticos del campesinado y la afectación progresiva del latifundio intacto.

En ambos estados las pautas de la movilización controlada y burocratizada ya estaban fundadas bien antes de la fundación del PNR. En Morelos la integración del liderazgo del movimiento zapatista al régimen obregonista a través de una alianza se volvió con Calles en subordinación a través del caciquismo ejidal y la transferencia del control hacia el poder central. En Tlaxcala la pauta de movilización controlada y burocratizada inició su desarrollo bajo el control del cacicazgo tlaxcalteca. La transferencia del control hacia el poder central implicaba lucha por el poder, sustitución de personas y organizaciones, pero mucho menos cambio en cuanto a la pauta de movilización ya establecida durante el cacicazgo entre 1920 y 1932. En ambos estados ya antes de 1929 los «agraristas furibundos», un término empleado por el Secretario General del Gobierno de Tlaxcala en 1922, en gran parte dejaron de existir, sea por causa del reparto de tierras, por coacción o por represión.